convencí de que tenía que renunciar á la «carrera lírica», y desmonté el organillo.

Mas si perdí todas las ilusiones respecto de mi voz, me quedó siempre un gusto tan vivo, más bien, una pasión tan fuerte por el canto, que ahora mismo una nota dulce y poderosa me hace palidecer de emoción, una voz hermosa que oiga de noche por la calle, me hace seguir al cantante aunque sea una legua, y es la voz el dón de naturaleza que después del ingenio, envidio más á quien lo posee. Tengo el canto por uno de los medios más eficaces de educación del alma y lo tengo por uno de los consuelos más dulces de la vida.

EL CINCUENTA Y NUEVE

Habiéndose extinguido la furia por ser tenor, tuve otra y muy poderosa distracción de los estudios que, por fortuna de Italia, duró bastante más tiempo que la otra.

El golpe más funesto al latín, lo dió en aquel año escolar, Víctor Manuel; y precisamente el primero de Enero, con el discurso memorable del «grito de dolor».

Penetró desde ese día entre los estudiantes un espíritu de divagación patriótica, que no lograron enfrenar siquiera los profesores de mayor autoridad, antes bien, por el contrario, lo sobreexcitaron, aun en sus conferencias, con alusiones á los sucesos y con digresiones políticas, que rebosaban de sus labios como el vino espumoso de la botella. Habíase difundido por los aires olor de pólvora; el toque de las corne-

tas de los cazadores que pasaban cerca del Gimnasio, hacía centellear nuestros ojos y, de la pluma agitada, brotar despropósitos gramaticales. Hasta los profesores viejos más en ruina tomaban en su andar algo de belicoso; y nosotros ya no nos reíamos por la calle, ni siquiera de los guardias nacionales panzudos, que daban tres pasos sobre un ladrillo.

A fines de Febrero creció más el fermento, cuando á nuestra pequeña ciudad, convertida en el sitio de mayor concentración de cazadores alpinos, comenzaron á llegar grupos de jóvenes emigrados, en su mayor parte lombardos y venecianos, de todas las clases sociales; los cuales trajeron como una oleada de sangre ardiente á la vida de la ciudad, y dieron nuevo aspecto á las calles, á los cafés, á todos los sitios de reunión pública, donde á cada paso se encontraba una cara desconocida y se cruzaba la mirada con dos ojos en que brillaban la altivez y la esperanza. Muchas de aquellas caras, alguna de ellas predestinada á los honores del mármol y del bronce, me han quedado grabadas en la memoria como de amigos íntimos.

Había entre aquel millar de recién llegados, campeones de la guerra de 1848 y de la defensa de Roma, futuros pintores célebres como Induno, Pagliano, De Albertis; estaban Cairoli, Bertani y De Cristoforis, del cual había de leer luego con entusiasmo en la Escuela de Módena el *Tratado de la guerra*. Mas no recuerdo haber oído entonces sus nombres, que eran todavía flores de gloria en capullo. El único nombre que corría de boca en boca era el de Cosenz, comandante, á quien recuerdo haber visto varias veces en la Plaza de Armas, cuando los voluntarios no vestían todavía el uniforme, mandar los ejercicios con sombrero de copa y levita negra, como un jefe de barricadas; una figura esbelta y derecha como un huso, con cara grave de filósofo á quien saludaban muchos por la calle respetuosamente, recordando sus proezas heroicas de Venecia. Y asimismo recuerdo, cuando desapareció bajo el capote gris toda diferencia de condición social entre los emigrados, el extraño efecto que hacía en el pueblo bajo el oir decir de uno y de otro de aquellos soldados rasos:—Éste es un abogado.—Aquél un médico.—Aquél de allí un profesor.—Y el de más allá un señorón. Lo cual valía más que cualquier dis-

curso ó artículo de periódico, para dar á la gente inculta una idea de la grandeza de los acontecimientos que se preparaban, y hacía que las señoritas dirigieran á aquellos toscos capotes miradas de curiosidad romántica, con las cuales no habían honrado nunca á la «fuerza baja». Benditos días, que brillan como zafiros en la corona de nuestras más queridas memorias.

***

La agitación de los estudiantes llegó al colmo en Marzo, cuando, habiendo llamado á las armas á todos los contingentes, vióse que llegaban los cazadores de las clases licenciadas ya, hombres hechos, tostados por el sol de los campos, con las ropas destrozadas, los cabellos abandonados, los zapatos de campo, y muchos con las medallas de Crimea con lazos desvaídos: de aspecto tan grave en su mayor parte, que parecían los padres de los soldados que estaban en el servicio, y cuyas filas venían á engrosar.

Sobre esto, recuerdo un hecho que me causó gran impresión, y que prueba cómo ni aun en el mismo Piamonte y tratándose de las guerras más populares, ha existido

nunca un gran ardor guerrero en los viejos soldados que eran arrancados á sus familias y á sus campos para ir en busca de la muerte; por más que luego, por sentimiento del deber, se portasen con más bravura que si se hallaran poseídos de entusiasmo.

Era un domingo por la noche. Gran número de los que habían sido llamados, todavía sin armas, paseaban en parejas y en grupos por la calle principal, atestada de gente. De pronto veo flotar en los aires una bandera, y abrirse la multitud y avanzar un nutrido pelotón de paisanos, ordenado en cuatro filas, que cantaban el himno de *Mameli;* todos eran señores de gabán y sombrero de copa, entre los cuales reconocí con gusto á algunos de los profesores del Gimnasio: el de Matemáticas el primero. Mientras pasaban por delante de mí, salió de un grupo de viejos cazadores que estaba á mi lado algún apóstrofe en voz alta, y en tono de burla:—Ya, ¡es muy cómodo cantar! Ellos cantan y nosotros vamos á jugarnos el pellejo.—Que se vengan con nosotros, en lugar de hacer ruido.—El grupo de paisanos se detuvo disolviéndose la formación, los manifestantes contestaron, y se armaron varios altercados muy vivos.

Algunos de los señores, resentidos, echaban en cara á los soldados su falta de amor á la patria; otros, menos decididos, trataban de traerles á buenas, persuadiéndoles de que no todos tenían el deber, que no les es posible á todos ir á la guerra, y no faltaba tampoco alguno que contestase que él se había batido ya en el 48 y en el 49. Los soldados, sin embargo, no se mostraban muy persuadidos, contestaban murmurando y encogiéndose de hombros. Lo que me produjo verdadera maravilla en aquel contraste doloroso, fué la gran desenvoltura con que algunos manifestantes ya canosos y panzudos aseguraban, golpeándose el pecho con la mano, que ellos también irían á la guerra, mientras en sus caronas pacíficas bien se traslucía que ni por sueño pensaban en semejante locura. Y repetían con calor:—¡Nos veremos en campaña! ¡Allá nos veremos!—Todavía veo las miradas de desconfianza con que los soldados medían sus formas redondas, como si se preguntaran á sí mismos en qué campaña por acaso podrían encontrarse, considerando que no eran aquellas barrigas muy á propósito para alistarse entre los cazadores. La disputa duró hasta que se acercaron dos te-

nientes, á cuya vista los cazadores se desbandaron. Pobre gente, quién sabe si á alguno de ellos le tocó caer de los primeros bajo las balas austriacas en el asalto de San Martino. Aquella escena me dejó apenado, y muchos confusos pensamientos turbaron mi espíritu; entre otros, el siguiente: que para que una guerra sea verdaderamente nacional, debería combatir mucha gente que se queda en casa, y que de todos modos, sería delicado y prudente que los que se quedan no cantasen demasiado fuerte al pasar por delante de los que se van!!!

***

Otro recuerdo que conservo muy vivo es el de la venida de Garibaldi; pero, mezclado con un dejo muy amargo. Vino un día de Abril á pasar revista á los cazadores de los Alpes; pero casi á escondidas, habiendo suplicado antes que no se anunciara su llegada, y sin detenerse entre nosotros más que unas horas.

Los estudiantes no supimos que había llegado sino después que había pasado la revista y se había quitado el traje de general. Estaba yo con un compañero en una

calle de la Plaza de Armas, cuando algunos chiquillos, señalando á un carruaje que pasaba al galope, se pusieron á gritar: —¡Garibaldi! ¡Garibaldi!, y echamos todos á correr, con tanta furia, que por largo trecho fuimos dándonos con los calcaños en las posaderas, hasta que nos faltaron las fuerzas y nos dejamos caer sobre el ribazo de un foso, anhelantes, como dos lebreles cansados. Cuando reanudamos la carrera, ya estaba el general comiendo en la fonda; la comida nos llamaba también á nuestras casas. Aquella misma noche se fué. Nos dió tal coraje, que nos tirábamos de los pelos. Al día siguiente fuimos recorriendo todas las calles por donde había pasado, como para rastrear sus huellas. Nos dijeron que había ido á visitar á una vendedora de comestibles, llamada la Pascualina, que tenía la tienda debajo de los pórticos; una mujerona, gorda y fiera, á quien toda la ciudad conocía y respetaba, porque uno de sus hijos, Pablo Ramorino, había sido compañero de armas y amigo de Garibaldi en América, y había muerto heróicamente en la defensa de Roma combatiendo al lado de Luciano Manara.

Fuimos en seguida á casa de la Pascualina, encontrándola delante de su tienda, rodeada de muchos curiosos, á los cuales estaba enseñando un saco de arroz en donde se había sentado Garibaldi el día antes hablando con ella. ¡Ah! ¡Afortunada Pascualina! ¡Qué hermosa y digna de gloria nos pareció! Nos estuvimos allí un buen rato contemplándola á ella y á su saco, y puesto que llevaba algunos céntimos en el bolsillo, me vino la ocurrencia de comprar una libra de aquel arroz memorando, que había tenido el honor de servir de cojín al héroe de San Antonio. Pero mi amigo, que conocía el humor de la brava mujer, me lo quitó de la cabeza, observando que quizá ella lo tomara como una broma y nos respondiera con una bofetada, que no habría sido de índole femenina.

Y de esta manera tan mísera, terminó nuestra expedición; la cual fué todavía más desventurada de lo que yo podía pensar entonces, porque no se me debía ofrecer jamás otra ocasión de satisfacer mi ardiente deseo. Parecerá increíble, mas es así; por una serie de accidentes y contratiempos malditos, á veces por un retraso de un minuto, á veces por un impedimento material futilísimo, aquella desdicha se repitió diez

veces en mi vida. Tengo un verdadero dolor de corazón, y lo confieso con un sentimiento de vergüenza, como una culpa: ¡jamás vi á Garibaldi!

***

Me causa estupor el que no me haya quedado recuerdo alguno de la fuerte impresión que me hicieron indudablemente las descripciones de la llegada de los franceses á Turín, y las primeras noticias de las batallas de Montebello, de Palestro y de San Martino. Sobre estos recuerdos, que debo haber conservado vivos bastante tiempo, se ha extendido, no sé cuándo ni cómo, una nube espesa, que nunca he podido disipar. Recuerdo sólo la primera noticia de la victoria de Magenta, que me la dió mi padre, subiendo la escalera, con una exclamación enfática, tendiendo un brazo en alto y exclamando: —¡Estamos en Milán!—Pero no hay de qué maravillarse, si se reflexiona sobre estos eclipses de ciertos grandes acontecimientos en nuestra memoria, porque es una ilusión pensar que nosotros sintiéramos entonces al anunciárnoslos, como tampoco todos los demás, una

emoción infinitamente mayor de la que provoca su recuerdo, y que debiésemos no vivir casi de otra cosa, en aquel período, más que de aquellas emociones. Así como mirando una fila de columnas desde un extremo no vemos los intervalos que separan unas de otras las que están lejos, apareciéndonos todas juntas, así no vemos ya entre aquellos acontecimientos pasados los amplios espacios de tiempo, durante los cuales á todos nos absorbían, como en tiempos ordinarios, nuestras ocupaciones y nuestros placeres, que venían á sobreponerse, sin embargo, á nuestros pensamientos y afectos de ciudadanos; y tampoco consideramos, por otra parte, que la larga expectación y la frecuencia misma de aquellos grandes hechos, nos habían como embotado la facultad sensitiva, haciendo al alma en cierto modo indiferente hasta para las cosas más extraordinarias.

Lo que no he olvidado es el espectáculo de los frecuentes *Te Deum* que se cantaban en la Catedral, y en los que tomaban parte con gran solemnidad y en traje de gala todas las Autoridades civiles y militares; entre las cuales destacábase la hermosa cabeza morena del nuevo inspector